

“La sustancia de los sueños”

(José Antonio Hernández García)

Para Shakespeare, los hombres estamos hechos de la misma sustancia de los sueños, compartimos un “mismo entramado”. Una pregunta, entonces, se vuelve imperativa, ¿cuál es la etérea, huidiza, sustancia de los sueños?

Aunque al despertar de un sueño muchas de sus imágenes nos parecen inasibles y, con el tiempo, su recuerdo consciente se va debilitando, las sensaciones que nos producen mientras soñamos y al poco tiempo de despertar son peculiarmente intensas. Quizá su fuerza sea mucho mayor superior a la que experimentamos en vigilia. El enamoramiento, el deseo erótico, el miedo y la ansiedad, son siempre de tal magnitud en la realidad onírica, que dejan en nosotros una huella profunda e indeleble. Al punto que meses o años después, lo que recordamos es la intensidad más que las propias imágenes, cuyo recuerdo se desvanece o desaparece, hasta que a veces irrumpe intempestivo en un *déjà vu*. Pero las imágenes allí están, y resucitan en el momento de nuestra muerte. Son polvo de sueños.

Lo sagrado, el inconsciente y los sueños participan en una misma zona del ser. No es casual que, en la antigüedad, los sueños no fueran desechados por ser “irreales” o por constituir una simple volición pasajera. No había ruptura entre la vida real y la vida onírica. La solución de continuidad entre el

“yo” que comía, bebía, amaba y se interrelacionaba con el mundo no era anatémizada, cuestionada ni banalizada. Cuando el mundo no era profano ni secular, el sueño poseía un estatuto religioso, angélico y, en muchos casos, profético. Hay sueños premonitorios, que todos tenemos. Pero los sueños proféticos poseen una dimensión cósmica, es decir, que involucra el destino de la creación. Más que el bien y el mal, están en juego las leyes por las que lo creado disminuyó su estatuto ontológico. La liberación de la naturaleza corrupta de lo humano y la comprensión cabal de nuestra estadía en el mundo es la que anuncian los profetas bíblicos bajo la metáfora enaltecida del pueblo elegido.

Los profetas judíos tenían visiones oníricas en las que se les revelaba su misión y el destino de su pueblo. Eran mensajes que el mismo Dios les presentaba, ya sea de manera alegórica o bien de manera directa. En estos sueños preñados de encanto y misterio se cifra el “realismo mágico”. El simbolismo religioso y la criptología onírica están unidos por el hilo de oro del inconsciente. Los ángeles, los mensajeros por antonomasia de Dios, podían aparecerse también en los sueños de los héroes, los santos y los profetas. San Clodoveo afirmaba que los ángeles y los sueños comparten una sustancia análoga, incorpórea, visible sólo para el espíritu.

Una interpretación bíblica sugiere que la mujer primordial, Eva, fue hecha mientras Adán dormía. Las mujeres, en cierto sentido, son un sueño tutelado por Dios. A la naturaleza femenina, según Otto Weininger, le es inherente ese carácter derogatorio del mundo y, a la vez, ese anclaje telúrico, mundano. Ciertas sectas gnósticas conferían a este sueño *enteísta* (*ser en Dios*) el rango de acto inaugural de la naturaleza humana: carne de la carne. Otros sueños

han puesto a prueba la paciencia de los santos y la obediencia a los mandatos divinos.

La secta gnóstica de los cainitas (o *Hijos de Caín*) también se valió de rituales iniciáticos oníricos: sólo aquellos que podían soñar real o metafóricamente el asesinato de Abel a manos de Caín podrían experimentar la “misericordia” del acto de redimir la naturaleza humana, preservando intacta su genuina vocación espiritual. Según ellos, sólo en el sueño se puede aprehender la dimensión sacrificial de la muerte de Abel: puso fin no a un hombre sino a al género humano todo. Caín encarna así a un redentor inverso, a quien pudo haber salvado a nuestra especie no por la liberación salvífica de la muerte eterna, sino por la interrupción súbita y tajante de la vida. De esta visión se alimentó en parte la doctrina de Swedenborg, quien sostenía que al morir el alma vivía y volvía a padecer otra muerte.

Pero es en la Edad Media en la que se perfeccionan las “técnicas oníricas”. Para cualquier persona, el sueño es algo que no se puede manejar a voluntad. O al menos eso creemos. San Francisco de Asís tuvo la revelación, en sueños, de que debía reconstruir una pequeña iglesia abandonada. Luego trasladó esa idea a la necesaria reconstrucción de la Iglesia universal. A partir de la experiencia espiritual del santo de Asís, las tres primeras generaciones de franciscanos desarrollaron una técnica para “inducir” sueños beatíficos basados en la oración durmiente. Es decir, orar y orar hasta desfallecer por el cansancio. Algunos de ellos, bajo estado de hipnosis, repetían dormidos las oraciones y jaculatorias propias de los oficios divinos. El de mayor fama fue fray José de la Trinidad, quien sería recordado en las primeras comunidades franciscanas por las visiones extáticas que tenía durante la Semana Santa y la Pascua. Dormido recitaba en latín los maitines y el Oficio de Tinieblas.

Aunque hubo alguna ocasión en que, poseído por el demonio, blasfemó y maldijo las imágenes santas.

De santa Hildegarda von Bingen, hacia el siglo XII, mística y compositora de música extraordinaria, cuyas preocupaciones mundanas y metafísicas advertimos en la correspondencia que sostuvo con san Bernardo de Claraval, también se dice que en sueños le era dictada música angelical. Por eso, muchos enfermos y religiosos acudían a los oficios santos a escuchar esa música con la que podían traspasar el umbral de la vida sin el trance del dolor. Para muchos místicos, como para los budistas, el dolor y la realidad entera es una ilusión, el velo de Maya, Maia o, en la Edad Media, el misericordioso manto de María.

Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de los Predicadores o dominicos, también fincó su acción espiritual, inicialmente, en sueños que lo empujaban a defender la fe cristiana. Como es habitual en muchos místicos y contemplativos, el demonio acecha hasta en sueños a quien persigue la santidad. Por ello, la oración constante era vista por los primeros dominicos como el vehículo idóneo y necesario para eludir las tentaciones y redimir al alma de su condición caída. Los dominicos desarrollaron todo un método de oración corporal (la posición de las manos, la genuflexión, la postración, etcétera) que correspondía a una situación interna del alma y a una disposición espiritual hacia lo divino. Muchos de ellos dormían de hinojos o prácticamente inmovilizados, para castigar al cuerpo aún en estado inconsciente. De esta manera, inducían sueños que se caracterizaban por su vehemente atrocidad demoníaca o bien por su luminosa y sobre abundante beatitud. Entre ellos, quienes lograban una visión de Cristo se consideraban iniciados en un misterio superior: si soñaban a Cristo crucificado o a Cristo

doliente, llevaban una vida de mayor penitencia; si lo veían resucitado y glorioso, buscaban afanosamente predicar con elocuencia su palabra y procuraban realizar obras anónimas de misericordia. Sólo los que tenían el privilegio de soñar el pasaje de la transfiguración del Señor, generalmente se apartaban del mundo y se dedicaban a la vida contemplativa. Estas prácticas –además de una técnica de “yoga” cristiana que después adoptarían los monjes hesicastas de la iglesia ortodoxa– fueron consignadas ya en el siglo XIII por el dominico Hans von Albertus en su tratado *El sueño sagrado. La vida de Cristo en nuestra alma durmiente*.

Entre los antiguos mexicanos, la divina Coatlicue también queda preñada en un sueño. La casta guerrera de los Caballeros Águila y los Caballeros Tigre poseía ceremonias iniciáticas en las que el sueño previo al combate depuraba al alma heroica de sus fardos terrenales. El sueño como ascetismo de la voluntad.

Pero en las tradiciones orientales los sueños también han desempeñado el papel de avatares sagrados. No es necesario recordar que Buda fue iniciado en sueños. Entre los cuentos zen chinos, es muy famosa la pregunta que se hace Chuang-Tzu al despertar después de haber soñado que era una mariposa: se inquiría si Chuang-Tzu era quien había soñado una mariposa, o si era la mariposa la que había soñado que era Chuang-Tzu. Esto evidentemente, se vincula también con *La vida es sueño* de Calderón de la Barca y traza un arco metafísico hasta el romanticismo, hasta Jean Paul, Baudelaire y Rilke, e incluso hasta Dalí y los surrealistas.

Si en la India un niño despierta y le dice a su mamá: “soñé que era un Buda”, se consideraría algo natural. Privilegiado, sí, pero dentro de los cauces de lo posible en la concepción budista. Por el contrario, si en Nueva York un

niño le dice a su mamá: “mamá, soñé que era Dios”, lo más probable es que su madre, profana y descreída, inmediatamente lo llevaría con un psicoanalista freudiano con el temor de que padeciera pulsiones homosexuales, cierta clase de esquizofrenia o algún otro trastorno psicológico. El menor mal sería catalogarlo como megalómano

Sin embargo, lo que a mi más me gusta y que he aprendido a hacer es “manipular” mis sueños. Es decir, aunque sé que estoy soñando, hay momentos en que una abertura consciente me permite actuar aprovechando ese mínimo resquicio de voluntad y digo: “quiero volar” y así sucede. En mi sueño vuelo y logro un gozo indescriptible. Ioan P. Couliano, el discípulo gnóstico de Mircea Eliade, estudió a profundidad los mitos ascensionales.

Algún día, en plena pesantez onírica, me dije: “estoy soñando; deseo gozar el cuerpo de Natalie Wood” y lo logré. Me sorprende que en la aparente libertad que dan los sueños manipulables, persista mi deseo con una misma mujer. No cabe duda: soy soñadoramente monógamo. Cuando no puedo manipular mis sueños, mi inconsciente me permite pasear e incursionar en mil gineceos mágicos y soy asistente asiduo al burdel de las gitanas. Mi experiencia con Natalie la he repetido muy pocas veces. En alguna ocasión Natalie quedó encinta; nuestros hijos, sin embargo, no fueron criaturas normales. Son una especie de súcubos que me persiguen en mis pesadillas. Al despertar, todavía escucho el eco de su sonrisa sarcástica. Profanan una región sagrada y se burlan de mis temores. Así descubrí que la sustancia de los sueños tiene, igual que el mundo, cuatro elementos esenciales: deseo, miedo, nostalgia y amor.

Para citar este trabajo, indicar la siguiente URL:
<http://www.bajoloshielos.cl/19j.pdf>